

CAPITÁN NEMO

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

LA CUENTA ATRÁS



Jules y sus amigos se sienten más en peligro que nunca porque desde hace un par de semanas, un hombre misterioso sigue sus pasos. Pero no pueden dejarse vencer por el miedo porque acaban de averiguar que La Orden Contra el Progreso está maquinando un terrible atentado que destruirá la Feria Internacional del Futuro. El capitán Nemo les encarga una misión a contrarreloj. ¿Serán capaces de impedir la catástrofe?

Los aventureros del siglo XXI

Jules Verne

Es un niño de doce años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro, como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

Huan



De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor ¡y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.

Caroline



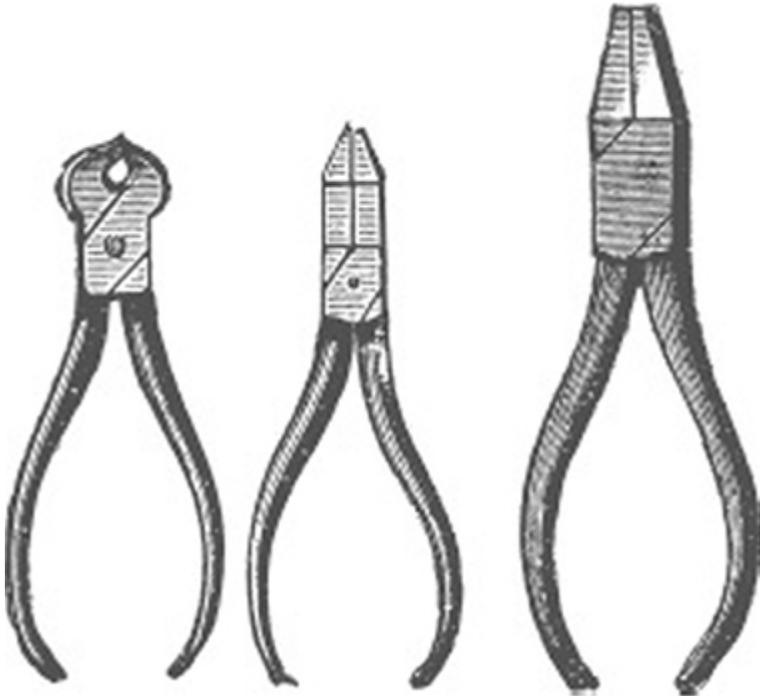
Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

Marie



Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran, ¡el mundo funcionaría mejor!

PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO



Desde lejos, parecían cuatro chicos normales que se dirigían como cada mañana a la escuela. No había nada extraño en su apariencia ni en su modo de andar. En casa, sus padres los regañaban de vez en cuando, y algunas asignaturas del colegio se les resistían. Parecía un grupo de amigos como otro cualquiera. Y sin embargo, juntos habían vi-

vido las aventuras más trepidantes y peligrosas imaginables. No en vano, se apodaban Los aventureros del siglo XXI: aunque hubieran nacido en la Francia del siglo XIX, soñaban con un futuro mejor para todo el mundo, donde los jóvenes de su edad tuvieran mayores oportunidades y en el que hubiera justicia.

Jules, Caroline, Huan y Marie habían vivido incontables aventuras juntos y habían salvado a la ciudad de Nantes en varias ocasiones, sí, pero ahora les tocaba, como al resto de los chicos de su edad, encerrarse en el colegio durante una larga y tediosa jornada mientras atendían en clase. De los cuatro, Huan era el que llevaba peor aquella doble vida de estudiante y aventurero:

—Podrían tener un poco más de consideración con nosotros —resopló mientras arrastraba los pies por la calle cabizbajo—. Hace apenas un mes liberamos a cientos de niños esclavizados y salvamos a toda una tripulación de morir ahogada, pero ¿quién se acuerda de ello ahora? ¿Cómo puede tener la gente tan mala memoria? Deberían erigir un monumento en nuestro honor en vez de obligarnos a asistir a clase.

Los demás sonrieron ante la ocurrencia de su amigo. Aún tenían muy reciente su última aventura: tras naufragar con el barco en el que viajaban con otros alumnos de la escuela, fueron esclavizados por miembros de la Orden Contra el Progreso, una malvada organización criminal que los obligaba, junto a decenas de niños de distintas edades, a trabajar de sol a sol en una mina extrayendo corbidio, un mineral extremadamente peligroso con el que se fabricaban bombas muy potentes. Al final, el ingenio de Jules, ayudado por sus mejores amigos, les sirvió para escapar de allí y rescatar a los demás niños; ¡algunos de ellos llevaban años en la isla sin ver a sus familias! Desde aquella aventura, a Huan se le habían subido un poco los humos, y en el colegio miraba a los demás por encima del hombro: se sentía como una especie de superhéroe que podía acudir en

cualquier momento al rescate de quien lo necesitara. Sin embargo, los demás sabían que tras esa apariencia, seguía escondiéndose el chico oriental miedoso de siempre.

—Es mucho mejor cómo están las cosas en este momento —lo contradijo Marie, la más menuda del grupo—. Lo que debemos hacer es formarnos para conseguir tener un buen futuro y poder cambiar todo lo que no nos gusta de nuestra sociedad.

Jules y Caroline asintieron, pero Huan volvió a resoplar.

—¿Y eso para qué? —inquirió—. ¡Si con los conocimientos actuales de Jules podríamos montar una fábrica de inventos y hacernos ric...!

El chico dejó la frase inacabada al levantar la vista del suelo y percatarse de que, unos metros más allá, un hombre de gran envergadura los observaba. Estaba de pie cerca de la entrada de La Bonne Tradition, el instituto al que acudían los cuatro. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Huan, que miró a sus amigos. Ellos tenían la misma cara de susto.

—Es ese hombre otra vez —susurró Caroline sin mover mucho los labios, como por temor a que pudiera leérselos—. Ayer por la tarde merodeaba cerca de mi casa.

—Y esta mañana me ha parecido verlo en mi calle al mirar por la ventana —añadió Jules, hablando tan flojito como su prima.

—¿Cuántos días hace que nos sigue a todas partes? —preguntó Marie temblando.

—Por lo menos una semana, o incluso más —contestó Huan, volviendo a bajar la vista hacia el suelo. De repente, ya no se sentía tan valiente. La presencia de ese hombre lo ponía nervioso; prefería hacer como si no lo hubiera visto, como si todo fuera normal, como siempre. Aunque, pensándolo bien, ¿cuándo había podido definir su vida como normal? Desde que se juntaba con Jules Verne y las chicas, todo lo que le ocurría era completamente imprevisible.

Al final, entrar en el recinto del colegio le supuso un gran alivio. Por lo menos, el hombre que los seguía desde hacía varios días no podía penetrar en su interior; sin embargo, aguardaba fuera a que pasaran las horas. Últimamente, La Bonne Tradition se había convertido, aunque pareciera mentira, en una especie de refugio para los chicos. Huan estaba convencido, como ya les había advertido a los demás mil veces en los días anteriores, de que aquel siniestro personaje que los seguía era un sicario que la Orden Contra el Progreso, la malvada organización criminal que se la tenía jurada a los cuatro, había contratado para acabar con ellos. Estaban en contra de la evolución de la sociedad; sus ideas eran retrógradas y anticuadas, y querían impedir el progreso científico y tecnológico mediante actuaciones violentas. Después de haber frustrado los planes de la banda criminal en la isla, debían de estar más furiosos que nunca: ya no disponían de un centenar de niños trabajando a su disposición y, lo que debía de ser peor para ellos, ya no podían extraer corbido de la mina de la isla a su antojo, puesto que ahora la gendarmería conocía el lugar. El malvado personaje solo estaba esperando el momento perfecto en que los encontrara solos e indefensos, sin testigos que presenciaran el crimen. Y aquel momento, tarde o temprano, llegaría. Las chicas lo miraban con los ojos abiertos como platos cuando Huan afirmaba esas atrocidades, y se estremecían de miedo, convencidas de que el sicario iba a asesinarlas de un momento a otro. En cambio, Jules se reía de él y lo llamaba exagerado, aunque sabía, en su fuero interno, que probablemente su mejor amigo tenía razón.

Una vez dentro de la escuela, Huan pudo relajarse un poco y dejar de pensar en el sicario. Se despidió de Caroline y Marie, y entró sonriente con Jules en el aula, contento de no tener que ver al hombre sospechoso durante toda la mañana. Sin embargo, la sonrisa se le congeló en el rostro rápidamente al descubrir quién estaba sentado tras la mesa del maestro: ni más ni menos que Claude Mathieu, director

del colegio, miembro de la Orden Contra el Progreso y, por si eso fuera poco, enemigo mortal de Los aventureros del siglo XXI. La asignatura de Moral estaba a punto de comenzar. Definitivamente, pensó Huan, en aquellos momentos de incertidumbre, el instituto era un refugio, sí, pero un refugio envenenado.

La clase comenzó como de costumbre: el profesor pasaba lista y se cercioraba de que todos los alumnos estuvieran presentes en el aula. Claude Mathieu pronunció el nombre de Huan y el de Jules de manera calmada, pero cuando sus maliciosos ojos buscaron los pupitres de ambos, sonrió amenazadoramente y crujió los puños de manera perceptible. Los dos amigos tragaron saliva sin apartar la vista del director e intentaron prepararse para lo que se les venía encima.

—Bien, niños —comenzó tras haber terminado de pasar lista—, ya sabéis que lo que hace que la sociedad funcione es la tradición. Nuestros antepasados han construido una ética y una moral que debemos preservar a toda costa: nuestra cultura se basa en los valores tradicionales y en el respeto por las normas, y no debemos dejar que esos valores cambien jamás. ¿Qué sería de nuestro país si no estuviera gobernado con rigidez, precisión y rectitud? —El director del colegio hizo una pausa dramática y luego prosiguió—. Sería imposible que un mundo como el que sueñan algunos lunáticos y enajenados funcionara. Si no queremos que reine el caos, tienen que imperar unas reglas que debemos mantener siempre, a toda costa, sin cuestionarlas jamás.

Algunos niños tomaban apuntes de lo que Mathieu iba diciendo; otros, en cambio, miraban embobados por la ventana, deseando que la clase finalizara cuanto antes. Jules Verne, por el contrario, había cerrado su cuaderno y observaba al director, negando con la cabeza todas sus pala-

bras en señal de desacuerdo. Las miradas de ambos se cruzaron, y eso envalentonó todavía más al maestro de Moral, que alzó el tono de voz para seguir con su discurso adoctrinador:

—Si estas normas han funcionado perfectamente hasta ahora, ¿por qué no deberían seguir haciéndolo? —inquirió Claude Mathieu a su público.

Se trataba sin duda de una pregunta retórica que no debía responder nadie. Sin embargo, hubo un alumno que vio en ese momento una oportunidad para rebatirle:

—Si me permite, profesor —comenzó Jules tras alzar la mano—: Discrepo en todo lo que ha dicho. Si las normas de las que usted habla hubieran funcionado hasta ahora, no existiría la pobreza ni las injusticias. Este no es el mundo perfecto que nos quiere hacer creer con sus lecciones de superioridad moral.

Los demás alumnos miraron alucinados a su compañero y luego dirigieron la vista hacia el director sin saber cómo reaccionaría. Mathieu, por el momento, conservaba la calma, y esbozó otra de sus sonrisas siniestras antes de contestar.

—Joven Verne, usted no sabe nada de la vida —afirmó rotundamente.

El mundo funciona perfectamente como está ahora, créame. Tiene que haber un orden, unos estamentos: no pueden existir ricos sin pobres, ¿verdad? Ni salud sin enfermedad. Solo tenemos que elegir en qué lado de la balanza queremos estar. Cuando sea mayor, lo entenderá, ya verá.

»La gente como usted cree que todo se soluciona con el progreso —prosiguió con desprecio—. Bobadas. Lo que la gente llama progreso es en realidad una pérdida de valores y de respeto hacia la tradición, y esto no lo podemos tolerar ni permitir. Desde La Bonne Tradition está en nuestras manos plantarle cara al progreso, seguir respetando lo que nos ha sido dado y velar para que todo continúe como hasta ahora. —A cada frase de Mathieu, Jules acumulaba

más rabia en su interior, aunque intentaba contenerse—. Así pues, es nuestra obligación rechazar por completo cualquier muestra progresista que se produzca en nuestro territorio. En pocos días se celebrará la Feria Internacional del Futuro en Angers, una ciudad que, como muchos de vosotros sabréis, se encuentra a unos cien kilómetros de aquí. Vuestra obligación como franceses es repudiar esta celebración aberrante y nefasta que solo traerá el caos y la destrucción de lo que conocemos como patria.

En esos momentos, Jules fue incapaz de frenar su rabia; le daba igual cuáles pudieran ser las consecuencias. Tomó aire y sentenció:

—Me parece que es usted quien no ha entendido nada. La única esperanza que tenemos para que el futuro vaya a mejor es el progreso. Si la ciencia avanza lo suficiente, pronto se podrán curar enfermedades que ahora resultan mortales, todos los niños podrán recibir educación sea cual sea su clase social e incluso podremos viajar a lugares que ahora mismo ni siquiera conocemos. Debemos apostar por el progreso; solo así lograremos mejorar. Tenemos que mirar hacia el futuro.

Algunos alumnos aplaudieron las valientes palabras del compañero más aventajado de la clase, mientras que otros asintieron con la cabeza, como dándole la razón. Huan fue de los que más aplaudió, contento de ser el mejor amigo de Jules Verne y sintiéndose valiente de nuevo a su lado. El profesor de Moral se dio cuenta de que estaba perdiendo a su audiencia, y sus labios se curvaron en una mueca.

—¿De qué futuro habla, Verne? —inquirió Mathieu con sorna—. ¡Si ya no estaremos vivos para verlo!

—No se trata de pensar de forma egoísta cuando hablamos de toda la humanidad, señor —repuso Jules Verne, que intentaba mostrarse calmado aunque la rabia hacia ese infame hombre lo corroía por dentro—. Se trata de hacer todo lo que podamos para que las generaciones que vengan después de nosotros vivan en un mundo mejor. ¿No es

eso lo que deseamos todos? Tal vez debería repasar en el diccionario la definición de Moral; me parece que no ha comprendido del todo en qué consiste tener buenos valores.

Lo supo en el acto: se había pasado de la raya. Claude Mathieu se había quedado completamente sin habla; acababa de recibir una gran humillación por parte de un alumno sabelotodo y delante de toda una clase de mocosos alterados. El director de La Bonne Tradition se dirigió, dando cuatro zancadas furiosas, hacia ese niño listillo al que tanto odiaba y que en aquellos momentos lo miraba desafiante. Jules estaba completamente convencido de que iba a pegarle o a insultarle, puede que las dos cosas, pero, en aquel momento, poco le importaba lo que pudiera ocurrirle.

—¡A callar! —ordenó el director con voz firme, alzando una mano con ira.

Al lado de Jules, Huan reía disimuladamente mientras, con buena letra, tomaba apuntes de todo lo que se había dicho. El muchacho iba mojando la pluma de ganso cuidadosamente en el tintero que reposaba sobre el pupitre, y luego escurría la tinta sobrante en el borde del frasco para evitar que goteara y manchara el cuaderno. Se tenía que ir con mucho cuidado durante todo el proceso: más de una vez había acabado volcando el tintero y desparramando toda la tinta negra por el pupitre. Otras veces se ensuciaba las yemas de los dedos sin querer, y su huella dactilar quedaba plasmada en el papel. La pulcritud era, pues, esencial para conseguir un buen acabado.

El director se acercó más al inseparable amigo de Verne y se percató de las últimas palabras que el chico había escrito de manera inmaculada en el cuaderno: «egoísta» y «debería repasar la definición de Moral». Fue la gota que colmó el vaso. Mathieu le dio un contundente codazo a Huan, quien, al perder el dominio del instrumento de escritura, emborronó el cuaderno: la tinta todavía no estaba se-

ca y el chico, al pasar el brazo por encima del papel por culpa del codazo, embadurnó los apuntes.

—Vaya, vaya —exclamó el director fulminándolo con la mirada—. No soporto a los niños poco aplicados, y menos aún si son unos brutos atontados a los que se les da mal la caligrafía. Después de clase, Huan Shian deberá quedarse a sufrir su merecido castigo.

Huan se estremeció y Jules, a su lado, apretó los puños. Se sentía impotente; sabía que el castigo de Huan en realidad lo debería haber recibido él, puesto que era quien había hecho enfadar tanto a Mathieu. El hecho de que su mejor amigo pagara por su insolencia le dolía en el alma, ya que se trataba de una gran injusticia. Levantó la vista del pupitre y se percató de que el director lo estaba mirando con una señal de triunfo en el rostro.

El día no había hecho más que comenzar, y Jules y Huan ya tenían ganas de que acabara.

Durante la hora del patio, Jules, Caroline y Marie tuvieron que consolar a su amigo, que lamentaba su inminente destino.

—¿Os dais cuenta? Claude Mathieu me quiere muerto. Voy a ser el primero de nosotros en morir —sentenció Huan.

Los demás se miraron sin saber bien qué decir. El director del colegio había intentado acabar con la vida de los jóvenes amigos en diversas ocasiones; sin embargo, gracias a la audacia de los cuatro chicos, todavía no había logrado cumplir su propósito.

—Venga, no seas tan pesimista —dijo Marie rompiendo el espeso silencio que se había formado tras las palabras de su amigo.

—Soy realista, Marie, que es muy distinto. Por algún motivo, Mathieu me tiene más manía que a los demás, y no va a parar hasta eliminarme del mapa.

—Mathieu nos quiere a todos fuera del mapa, Huan —le contestó Caroline—. Tienes las mismas posibilidades de